

# **EN EL PUNTO DE MIRA: UNA REFLEXIÓN TEOLÓGICA, PANORÁMICA, SOBRE LA VR FEMENINA APOSTÓLICA Y LA CRISIS EUROPEA DE REFUGIADOS Y EMIGRANTES**

*Gracia Burgos*

Una de las funciones de la teología es la de interrogar. Interrogar la realidad, interrogar las imágenes y representaciones de la divinidad, interrogar las relaciones entre las dimensiones secular y religiosa. Sin interrogantes la teología no existiría. Y una teología que no se interroga, enseguida queda obsoleta, fuera de la realidad a la que pretende servir. Esta función cuestionadora es (o puede ser) difícil de realizar y antipática de recibir. Con todo, es importante. Más aún: es ineludible.

La llamada “crisis de los refugiados” nos enfrenta a buena parte de la población mundial (no solo a Europa) con una situación sumamente complicada. Es un asunto urgente, porque está en juego la vida de muchos humanos. Es también de medio plazo, porque la urgencia abre posibilidades más lentas y pausadas a medida que se resuelve lo inmediato. Y es de largo plazo, porque dichas posibilidades (como bien muestra la historia) pueden modificar una determinada civilización hasta convertirla en otra diferente. Este tercer plano da mucho miedo.

Hay quienes se quedan en el primero o, como mucho, llegan a ver con cierta claridad el segundo. Y hay quienes ven los diferentes planos y realizan una lectura global, de amplio espectro, integrándolos en un conjunto que no es solo continuidad, ni solo causas y efectos. La percepción visionaria de estas personas puede resumirse así: las oleadas de refugiados y de emigrantes dicen que en este mundo no hay fronteras. Se colocan, así, en la línea de llegada, que es también un punto de partida, pero cualitativamente diferente. Que se están forzando las fronteras, que se derriban pese a que se vuelven a construir, que las necesidades y urgencias pueden con ellas... es algo que ocurre todos los días. Que las fronteras son artificiales, tanto si se refieren al territorio como a los grupos, las etnias, las culturas y las religiones, es una constatación diaria y tema de reflexión desde hace tiempo. En cambio, percibir que estamos ya, de hecho, en un mundo sin fronteras, aunque nos empeñemos en reconstruirlas o en crear otras más sofisticadas, es propio de personas que van y ven más allá, de gente visionaria y profética. En términos teológicos cristianos, e interpretando las Escrituras, esto se traduciría en la afirmación igualitaria de todos los humanos a partir del actor creador divino (Cf.

Gen 1,26-27), o en la afirmación moral del amor a los otros, incluidos los enemigos, como primer mandamiento cristiano junto con el amor a Dios (Cf. Mc 12,31). Si lo traducimos en imágenes, ahí están las del profeta Isaías a propósito de la gran mesa a la que Yahveh convoca a todas las naciones (Cf. Is 25,6). Si acudimos a la experiencia de la VR femenina, en las órdenes y congregaciones internacionales es tanto un dato teológico, como un elemento de reflexión teológica. La experiencia no es perfecta, lo sabemos, pero es un dato constatable. Con él tenemos un pie en la tierra para seguir interrogándonos y para cuestionar la realidad actual (y la nuestra) ante esta situación.

En medio de estas circunstancias, tan complejas, que requieren una visión amplia y profunda, observo una percepción chata, inmediata, centrada casi exclusivamente en el plano primero y más urgente, el de la atención urgente. Observo que solo en contados casos se mira más allá y más al fondo. Y, a veces, sospecho que hay una intención, no sé hasta qué punto clara, que dirige la mirada eclesial a la vida religiosa femenina apostólica. La idea de que la VR femenina es la que debe acudir en primer lugar es casi natural. No es que sea una tarea exclusiva de ella, lógicamente. Es que eso es lo que se espera. Quizás nada más o poco más.

La iglesia católica, a través del papa y de otros miembros de la jerarquía, está enviando, continuamente durante los últimos meses, mensajes muy claros, sobre todo en lo que se refiere a la urgencia e inmediatez, primera línea de la atención, que requieren las masas en movimiento, temidas, retenidas, maltratadas, rechazadas, tiroteadas... Este mensaje es el de Mt 25,31ss. La iglesia reclama agilidad en la respuesta. Esta no se puede hacer esperar. Y esto es así, sin vuelta de hoja. Frente a los retrasos, las reticencias, los discursos vergonzosos de tantos políticos y tantas organizaciones dependientes de estas instancias, la iglesia apremia a la movilización y se alía con aquellos grupos que expresan su sensibilidad y su compromiso solidario. La Vida Religiosa, sobre todo la femenina, es una de las más prontas y disponibles en esta primera línea de respuesta a la situación crítica. Por congregaciones o por confederaciones, por grupos o por comunidades, mediante la colaboración económica, o la disponibilidad de espacios e inmuebles, o la atención personal, las religiosas son las primeras, con otras personas, mayoritariamente mujeres, en presentarse ante la emergencia.

Nada extraño, por otra parte. Todo parece indicar, como insinuaba arriba, que se contaba con ello. Las diócesis y los organismos eclesiásticos saben que las religiosas están ahí. Pero saben, también, que tienen muchas limitaciones, que la edad media de las comunidades es muy elevada, que los medios económicos no son tan boyantes como

hace unas décadas, que el ámbito de decisión eclesial y social está, si cabe, más reducido que antes. Y saben e intuyen, además, que la reflexión, la teología y las líneas de futuro de la VR femenina apostólica, salvo excepciones, están haciendo un camino lento y dificultoso. Por eso, bienvenidos sean los pobres, que son en este momento los emigrantes y los refugiados. Aunque parezca cínico, es importante entrar en esta dimensión para no quedarse pegadas a una actitud meramente funcional que, por su extrema urgencia, debe resolverse cuanto antes. De ahí la importancia de no perder de vista el horizonte, la globalidad y las líneas amplias de la solución, una solución con ida y vuelta, con implicaciones que afectan a todas las partes, las de los atendidos y, (ojalá) integrados, y las partes de los organismos que atienden. Una vez superada la primera fase, la situación de las personas atendidas requerirá cada vez menos asimetrías, menos distancias, mayor participación e igualdad.

De ahí la importancia de no perder de vista nuestras tentaciones ocultas y la agenda oculta de quienes, en la iglesia, siguen desconfiando de la vigencia de la VR apostólica, femenina sobre todo. No debemos perder de vista la agenda oculta de quienes siempre han utilizado la VR de las mujeres para las situaciones de emergencia, de quienes han preferido y prefieren mantener a las religiosas en esta avanzadilla de atención que no requiere pensar, ni necesita una reflexión a medio o largo plazo, porque es por sí misma acción. La agenda oculta de quienes prefieren mantener a las religiosas y a sus congregaciones como retén de urgencia y permanentemente ocupadas.

Porque del segundo nivel, el del medio plazo, ya se ocuparán ellos. Será encomendado a otras instancias, grupos de laicos y laicas de un determinado perfil, sin mucha formación teológica, que se acomoden fácilmente a lo ya pensado y decidido. El medio plazo es importantísimo, pues implica la educación, la sanidad, la participación política (la social, asistencial, seguirá en manos de las mujeres, también las religiosas), la distribución laboral y económica, la gestión del dinero y los bienes, las soluciones para la familia, la distribución de roles y poderes...

De hecho, a muchas religiosas y congregaciones, que sienten mermadas sus fuerzas y sus recursos, que no se han sentido estimuladas, ni antes ni ahora, a la reflexión sobre la realidad, sino a la reacción ante ella, les viene muy bien todo esto. La urgencia ratifica una determinada teología, chata, que no cuestiona una cierta representación de Dios ni obliga a pensar en términos globales la religión propia. Ratifica una cierta interpretación de carismas fundacionales que nacieron en el siglo XIX, fueron útiles, e incluso imprescindibles, hasta la segunda mitad del siglo XX y dejaron de tener

vigencia en sus postrimerías y en lo que llevamos de siglo XXI. La tentación de volver atrás obviando el presente y gritar que seguimos siendo necesarias y que nuestros carismas (su interpretación decimonónica con ciertos retoques) están más vigentes que nunca es, sin duda, una tentación muy grande.

Sin embargo, nuestro mundo, con esta y otras lacras, sigue siendo un mundo muy diferente al de hace pocas décadas. La educación, la salud, la integración de la diversidad, el reparto del trabajo, de los recursos, del dinero, la distribución de los roles de género y del poder, el mismo patriarcado, en claro repunte... todo ello está ahora en un contexto muy diferente. Diferente y amenazado, a la sombra del ITTP o Tratado Transatlántico de Comercio e Inversión (por poner la amenaza más fuerte, y la que nos pisa los talones). No basta con atender en primera línea a los “heridos” de esta guerra económica e ideológica, esta guerra patriarcal. Estar en ella debe ser el mejor acicate para permitir que emerjan preguntas inquietantes sobre nuestro mundo, sobre la VR femenina apostólica, sobre la teología que nos sostiene o, por el contrario, nos deja expuestas. Es el mejor momento para pensar, para impedir que el aturdimiento que produce la propia situación nos envuelva y desoriente, para no dejar que nos agarre el futuro inmediato o la ansiedad por llegar a conclusiones simplistas y apaciguadoras.

Estos pobres de ahora son producto de nuestras decisiones, no lo olvidemos. Somos cómplices de un sistema que genera situaciones como la que vivimos. Somos cómplices de alimentar las guerras, las sospechas, la gestión de las diferencias como escalones jerárquicos. Cómplices por cerrar los ojos ante la venta de armas, el enriquecimiento de una élite y el empobrecimiento de la mayoría; cómplices de unas políticas centradas en una determinada manera de entender el capital, de una avariciosa mentalidad mercantil, de una antropología jerarquizada, según la cual los humanos ni somos ni podemos ser básicamente iguales, dado que unos son servidos por otros “destinados” a servirles. Cómplices de una mentalidad en la que lo mismo se comercia con los tejidos que con la droga, con el cuerpo de las mujeres y los menores que con la influencia, con el sexo que con la salud, con los órganos que con lo sagrado. Todo es susceptible de compra y venta. Y no podemos situarnos, de forma maniquea, al margen o por encima de este sistema. Formamos parte de él y somos cómplices en algún grado. Ya no podemos considerarnos inocentes, porque la inocencia no existe. Y, por tanto, no vale decir que la VR femenina apostólica nada tiene que ver con todo esto.

Por ello, mi propuesta es descubrir nuestro grado de complicidad sistémica, el grado en que las religiosas somos cómplices de la realidad

actual. Ese descubrimiento nos permitirá clarificar la teología oculta que ha estado sustentando esa complicidad y, a partir de estos análisis y sus respectivas reflexiones, comenzaremos a pensar en soluciones de medio y largo plazo de las que formar parte. Incluso podremos tener y ofrecer iniciativas propias. Seguramente resultaremos incómodas e inquietantes. Puede que nos acusen de no ceñirnos a nuestro rol, o sea, al rol predefinido y delimitado de antemano sobre y para nosotras, las religiosas. Pero, pese a ello, incluso debido a ello, habrá merecido la pena.